

Los misiles de octubre

Josep Fontana

Historiador

8 agosto 2012

(Traducción de Jordi Domènech)

Dentro de un par de meses, hacia finales de octubre, tendremos toda una serie de artículos en conmemoración de los 50 años de la crisis de los misiles soviéticos instalados en Cuba, que estuvo a punto de significar el inicio de un conflicto nuclear a escala mundial. En realidad, el debate ya ha comenzado con motivo de la publicación del cuarto volumen de una gran biografía de Johnson en la que se relatan otra vez aquellos acontecimientos, y ya se anuncia para septiembre la aparición de un nuevo libro, *The Cuban Missile Crisis in American Memory: Myths versus Reality*, obra de Sheldon M. Stern, historiador que estuvo al frente de la Biblioteca Kennedy hasta el año 2000, y que publicó dos libros sobre este mismo tema en 2003 y 2005.

Lo más lamentable es que todo lo que se está debatiendo, y lo que presumiblemente se debatirá en octubre, se limita a aclarar qué ocurrió en las reuniones de la Casa Blanca, donde los dos hermanos Kennedy y los miembros de su equipo discutieron qué respuesta había que dar a la presencia de misiles rusos en Cuba. A establecer qué dijo cada cual, quién deseaba empezar por bombardear la isla y pedir explicaciones después (lo cual hoy sabemos que habría llevado a una confrontación general) y cómo y por qué pudo evitarse la invasión.

Sin embargo, hay cosas que nadie recordará de aquellos días, a pesar de que fueron las que realmente explican la naturaleza de lo que ocurrió. Por ejemplo, que la presencia de misiles soviéticos en Cuba era una consecuencia directa de la obsesión de los dos hermanos Kennedy por asesinar a Fidel Castro y derribar a su gobierno por medio del método habitual de las intervenciones norteamericanas, desde Guatemala a Siria, que consiste en organizar un movimiento más o menos terrorista contra el gobierno, y cuando el gobierno atacado responde, proclamar que está violando los derechos humanos, reconocer a los rebeldes, y atendiendo a sus demandas invadir el país. Esto fue lo que se intentó en abril de 1961 con el desembarco de la bahía de Cochinos, pero la operación fue tan incompetente que no dio lugar ni a que los desembarcados se asentaran en el territorio y pidieran ayuda norteamericana.

Cuatro meses después del fracaso de la bahía de Cochinos, el 17 de agosto de 1961, Ernesto *Che* Guevara contactó en Uruguay con Richard Goodwin, un joven asesor de asuntos latinoamericanos de la Casa Blanca, y le ofreció negociar un *modus vivendi*: los cubanos se comprometían a pagar indemnizaciones por las propiedades norteamericanas expropiadas, a no aliarse con los países comunistas y a discutir sobre sus actividades en otros países americanos. Pero los Kennedy, que estaban entonces organizando una serie de operaciones encubiertas para iniciar una revuelta que justificara su intervención, no quisieron negociar. Esta fue la razón de que los cubanos acabaran firmando acuerdos secretos con los soviéticos en mayo de 1962, y que aceptaran el ofrecimiento de Jruschov de instalar misiles en la isla, a fin de defenderse de un previsible intento de invasión norteamericano.

Nadie se ocupará tampoco de discutir qué derecho tenía aquel pequeño grupo reunido en la Casa Blanca para decidir la suerte del mundo sin consultar a nadie. En Londres, por ejemplo, se estaban preparando manifestaciones antiamericanas, porque no todos estaban de acuerdo en jugarse la vida por el hecho de que los rusos hubieran instalado misiles en Cuba, en justa correspondencia con los instalados antes por los norteamericanos en Turquía, amenazando el territorio soviético. Tal como dijo Jruschov al presidente de Westinghouse, que estaba de visita en Moscú, ellos se sentían como los campesinos que viven con una cabra dentro de la casa y se acaban acostumbrando a su hedor: "Nosotros, rusos, hemos aprendido a tolerar el hedor de la cabra nuclear norteamericana, y ahora vosotros, norteamericanos, tendréis que hacer lo mismo."

El resultado del pacto con los rusos que puso fin al conflicto de octubre de 1962 fue que Cuba se salvara de una invasión; pero fue condenada a 50 años de sitio y aislamiento, que no sólo han condicionado el desarrollo económico del país, sino que probablemente han influido también en el inmovilismo de una política legitimada por la necesidad de la resistencia. Pero de esto tampoco se hablará.

Fuente original:

"Els míssils d'octubre", *La Lamentable*, 8 agosto 2012

<http://lamentable.org/els-missils-doctubre/>